



VARIEDAD Y CALIDAD EN EL RESTO DE LAS SALAS

Sorprende al visitante el encontrar Goyas, Velázquez, Zurbaranes, Grecos, Brueghel, Coellos, Murillos..., con los cuales uno se ha familiarizado a través de los estudios de arte. Esas obras de primera mano están en el Museo Lázaro Galdiano. Enumerar detalladamente no es propio de este reportaje. Detalles técnicos y precisos se encuentran en la guía del museo, compilada por don José Camón Aznar. Con todo, para indicar una línea valorativa interesa, sí, destacar algunas de las obras. Es don Enrique Pardo Canalis quien elige algunas, aunque no sin un sentido de culpa por tener que dejar otras.

—El Salvador adolescente de Leonardo da Vinci, y que tras la muerte de don José Camón Aznar adquiere para mí un valor emotivo, ya que bajo él reposaron sus restos. Los Goyas con la «era o el verano, las escenas de brujas, Santa Isabel curando a los enfermos, San Hermenegildo, el conde de Miranda (fecha)...». La pintura inglesa con grandes maestros, y cuyo interés aumenta al saberse que cuando se abrió el museo este tipo de pintura era escasa en España. Los primitivos aragoneses. La «Cabeza de mujer», de Velázquez. La serie de grecos con la Epifanía. Después, la escuela de pintura española. De Coello, su Inmaculada tiene doble interés porque aparece firmada... La serie de Grandes Retratos, con nombres como Sánchez Coello y Carreño...

La lista es interminable. Otras salas muestran tejidos religiosos y orientales, armaduras, joyas que van desde las primitivas célticas hasta las barrocas, serie de monedas exhibidas en pie para poder contemplar el reverso y anverso, llaves artísticas... Un conjunto universal que evita la monotonía al mezclar las piezas en un orden de tiempo. No hay un abotargamiento de pinturas o

de joyas o de abanicos. Una acertada combinación ameniza la visita.

LA LETRA IMPRESA: DESDE SIEMPRE, COMPLEMENTO DEL MUSEO

Un edificio anexo al palacete y de la misma época, alberga la biblioteca y la sede de la revista «Goya». En otro tiempo fue almacén y oficinas de la «España Moderna», conjunto editorial y revista del mismo nombre que fundó Lázaro Galdiano. La «España Moderna» (1889-1914) supo abrir una ventana de aire fresco en el mundo de las letras. La revista recogió firmas de renombre: Cánovas, Castelar, Pérez Galdós, Clarín, la Pardo Bazán... La editorial distribuyó eficazmente temas de sociología, derecho romano y traducciones extranjeras de alto nivel.

Hoy la biblioteca, biblioteca privada de Lázaro Galdiano, cuenta con una cantidad y calidad de primer orden. Dedicada al arte y al «libro antiguo», posee títulos y ediciones de preciado valor: incunables, ediciones príncipe, príncipe, manuscritos... Títulos que la prestigian como: «Libro de descripción de Retratos», de Pacheco (1519); manuscrito de «El Buscón», de Quevedo; dos manuscritos de Góngora; cartas autógrafas de Lope de Vega; tres ejemplares de la 1.ª edición del Quijote... Al día en la temática de arte, presta un gran servicio al investigador y crítico.

La revista «Goya»: Proyección del mismo museo

«Goya», revista que ha traspasado las fronteras, destaca por su calidad fotográfica y textual. Trabajos de investigación y crítica de primer orden. Sección del mercado de Astas (subastas) y sección de reseña de biblioteca. Ca-

món Aznar, Julián Gallego, La Fuente Ferrari, Pardo Canalis, Sánchez Cantón, Pita Andrade, Marqués de Lozoya, Hernández Perera y firmas extranjeras la respaldan.

Los números extraordinarios, dedicados a temas monográficos, se agotan con facilidad. Como anécdota, cabe señalar el precio que se ha llegado a ofrecer por el del arte románico: entre 12.000 y 14.000 pesetas. Su gran valor estriba en haber sabido recopilar y sistematizar, aceptadamente, gran parte de lo que se conoce sobre el tema y que estaba disperso.

—Preparamos —añade don Enrique— un gran extraordinario de «Goya» por su 150 aniversario (antes ya se editó otro, pero «Goya» es inagotable). La muerte de don José Camón Aznar hace que ese mismo número le sirva de homenaje, ya que él fue el fundador de la revista

con don Jesús Hernández P., catedrático de Historia del Arte.

Don José Lázaro Galdiano, navarro (Beire), nacido en 1862, ágil en el mundo de las finanzas, convirtió su oro en obras de arte. De esa gran colección privada, de la que toda no está aún expuesta, surgió el Museo Lázaro Galdiano. Un museo cedido al pueblo español y que supo cuidar con esmero don José Camón Aznar. Vale la pena visitarlo. La afluencia del extranjero es hoy mayor que la del español. Sus puertas abiertas a todos. Impresiona su universalidad, su orden y su pulcritud. El museo Lázaro Galdiano, ejemplo de museos.

Raimundo LEIRA
(Fotos: Rogelio LEAL)



ros siglos pasamos a la temática profana que ornamenta vajillas y saleros con un estilo típicamente renacentista.

El marfil ofrece piezas tan valiosas como la Virgen Románica del siglo XII, de estilo borgoñés y cercana a la Virgen románica en piedra de la catedral de Vézelay. La animación y sonrisa de la escuela parisina de la isla de Francia se refleja en la deliciosa Virgen gótica que ríe y juega con el niño sustentado en su cadera («a lo gitano»). Dípticos, inspirados en los consulares, ofrecen gran variedad de escenas religiosas del siglo XIV.

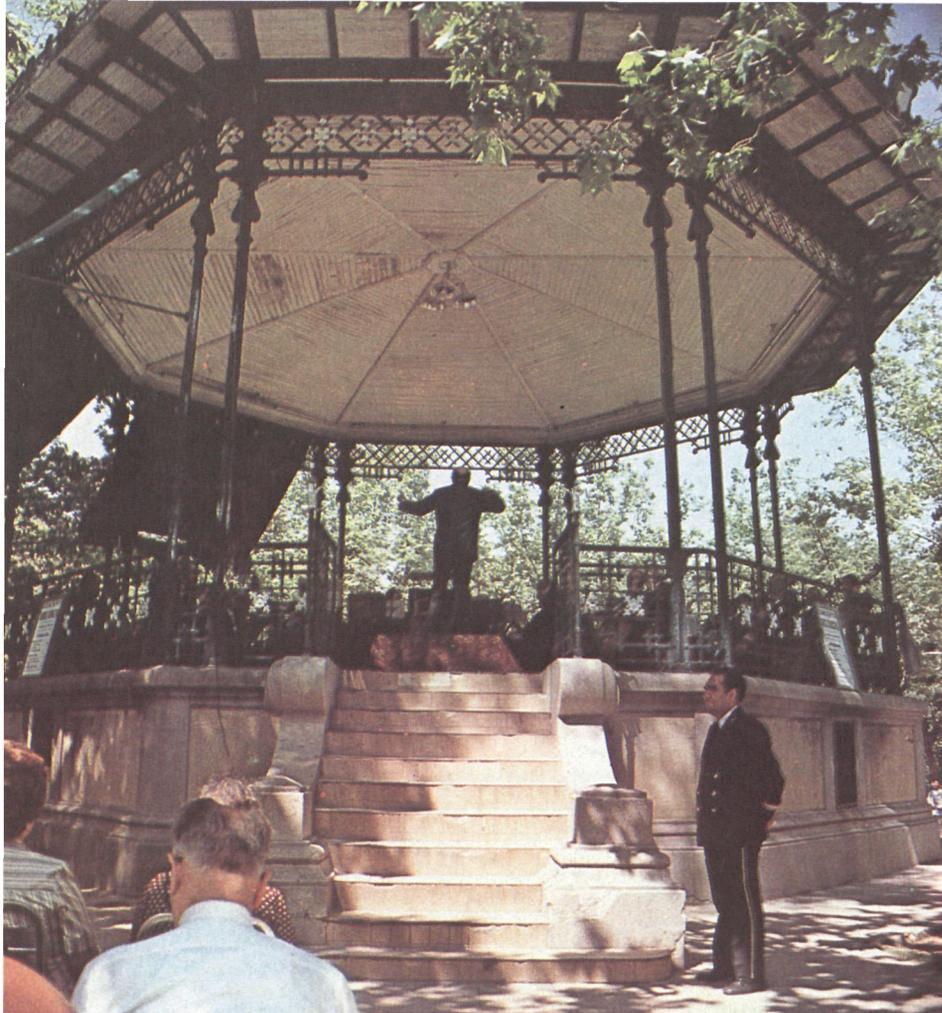
El tema profano talla el marfil en valvas de espejos, silbatos y copas.

—Las dos grandes joyas del museo —precisa la señorita María Guillén— son la gran copa del Emperador Rodolfo II, trabajo austríaco del siglo XVI,

en cristal de roca y esmalte pintado sobre las figuritas, y la jarra y bandeja de cristal de roca con esmaltes imitando pedrería, pertenecientes a la Casa de Sajonia.

La estatuaria de bronce renacentista, en figuras de reducido tamaño, reproduce las obras monumentales de los grandes artistas renacentistas, griegos y romanos. De inspiración clásica son auténticos creadores. Nombres como Juan de Bolonia con su Neptuno, Pompeo Leoni con las figuras de evangelistas y santos, A. Ricci, Sansovino, Santagata..., pueden dar idea del conjunto. Bronces de refinada y pulida superficie más cercanos a la suavidad de la cera que a la dureza del bronce. Antico y moderno, dos célebres bronceístas del renacimiento, completan la rica lista de autores.





LA BANDA MUNICIPAL DE MADRID CUMPLE SETENTA AÑOS

ESTE año se cumple el setenta aniversario de la fundación de la Banda Municipal de Madrid. Se creó en el año 1909 y su primer director fue el maestro Villa. A éste le sucedieron los maestros Pablo Sorozábal, Martín Domingo, Varela, Arámbarri, Victorino Echevarría, Rodrigo de Santiago (jubilado recientemente) y el actual don Moisés Davía Soriano.

El maestro Davía Soriano nació en Chinchilla, provincia de Albacete, hace cincuenta y siete años. Y aunque ha residido y, por tanto, vivido en diferentes lugares de España, afirma:

—Siento como los madrileños. Al haber tomado posesión como director de la Banda

Municipal de Madrid me considero un madrileño más.

—¿Cómo empezó su vocación musical, maestro?

Está considerada como una de las mejores del mundo

—Yo empecé en la banda de música de mi pueblo natal. Al cumplir los dieciocho años de edad vine a Madrid, a tocar en la banda de aviación y a proseguir mis estudios en el Real Conservatorio. Aquí fueron mis maestros don Victorino Eche-

varría y mi pariente Nieves de la Torre, con la que aprendí piano. También estudié bajo la dirección del maestro Rebollo, a la sazón director de la banda de aviación. En Madrid acabé mi carrera musical.

Después estuvo en varias poblaciones de Galicia. En Orense, año 1947, dirigió una banda de música. Seguidamente pasó a Monterroso (Lugo) a dirigir otra banda municipal.

—Después me presenté al Cuerpo de Directores de Bandas

Trabajar mucho, potenciar la importancia de los conciertos, cubrir las plazas vacantes y lograr que la banda se supere y esté más vinculada al pueblo de Madrid, principales metas del nuevo director

de Música Civiles y logré el número uno de segunda categoría por oposición, siendo destinado a Casas Ibáñez (Albacete). Me preparé para oposar a la primera categoría de bandas civiles, y en 1953 obtuve el número tres de la oposición. Volví a Galicia, a Santiago de Compostela, en donde estuve hasta que en el concurso de traslados me tocó ir a Jerez de la Frontera. Allí permanecí por espacio de siete años.

PROYECTO DE UN NUEVO AUDITORIUM AL AIRE LIBRE

El maestro Moisés Davía creó la Orquesta Sinfónica de Jerez de la Frontera, el orfeón jerezano y la Escuela Municipal de Música, hoy elevada al rango de conservatorio.

—De Jerez pasa a Alicante, en donde ha estado diecisiete años. Fundó la Orquesta Filarmonica de Alicante, y fui director de la coral Crevillentina.

Y, por fin, Madrid, meta máxima de todo buen artista. En octubre del año pasado el «Boletín Oficial del Estado» publicó su nombramiento como director de la banda municipal madrileña, tomando posesión de su cargo en enero pasado.

—Daremos conciertos extraordinarios este año con motivo del setenta aniversario de la creación de la Banda Municipal de Madrid, que ahora tengo el gusto de dirigir. Rememora-

remos, musicalmente hablando, todos esos años.

—¿Proyectos?

—Trabajar mucho con y por la banda, potenciar al máximo la importancia de los conciertos a realizar, convocar oposiciones para cubrir las diez o doce plazas vacantes que existen actualmente y lograr que la banda municipal se supere en todo lo posible y quede vinculada más y más cada día al pueblo madrileño.

El maestro Davia ha presentado a las autoridades competentes un proyecto de construcción de un nuevo auditorium al aire libre, de amplia concepción moderna, con perfecta visibilidad y perfecta audición para los espectadores. No como en el templete actual —circular— del Retiro, que si bien sigue siendo un monumento histórico-artístico digno de conservar, no por eso deja de ser anticuado y pasado de moda con arreglo a los tiempos que vivimos. También

«Siento como los madrileños... Me considero un madrileño más», dice don Moisés Davia Soriano, que ocupa el octavo lugar de los directores que ha tenido el popular conjunto musical

en este aspecto hay que «renovarse».

—¿En dónde situaría usted el nuevo auditorium?

—En el lugar más idóneo. Probablemente en el mismo parque del Buen Retiro, sin quitar el actual, que es historia pura, conservándolo como monumento popular en memoria del maestro Villa, con el que todavía estamos en deuda todos los amantes de la música.

—¿En qué partes de España hay nuevos auditoriums?

—En Alicante, Granada, Palma de Mallorca, Málaga y en otras capitales. Digamos que son eminentemente modernos, pero al estilo griego, con acústica como la que tenían los griegos en su época de esplendor. En estos auditoriums además de servir para celebrar conciertos, podrían representarse otra clase de espectáculos e incluso servirían para actos públicos o de otra índole.

«SERIAMOS BIEN RECIBIDOS EN CUALQUIER PARTE DEL MUNDO»

—¿Cuál es la plantilla actual de la Banda Municipal de Madrid?

—De ochenta y nueve profesores, de los cuales tres son mujeres (arpa y dos chelos). Es mi deseo aumentar la plantilla hasta conseguir cien profesores en total. Como la que quería el maestro Villa.

El subdirector se llama don Julio Molina Prieto. Hay en la banda cuatro flautas-flautines, un arpa, tres oboes-cornos ingleses, tres requintos, dieciséis clarinetes, un clarinete alto, un clarinete bajo, dos saxofones

sopranos, dos saxofones altos, dos saxofones tenores, un saxofón barítono, un saxofón bajo, cuatro fliscornos, seis trompetas, cuatro trompas, dos bombardinos, cinco trombones, dos fagots, cinco violonchelos, cua-

Ochenta y nueve profesores, de los cuales tres son mujeres, y más de mil obras de repertorio, que serán aumentadas con nuevas adquisiciones modernas

to contrabajos, cuatro tubas, amén de seis timbales y de percusión.

—¿De cuántas partituras consta el repertorio de la banda?

—De más de mil obras de todo género. Y en el archivo tenemos muchísimas más. Precisamente, en este aspecto, otro de mis proyectos es adquirir obras modernas, incluso de bandas sonoras de películas famosas, para poderlas ofrecer al público. Quiero firmemente que la Banda Municipal de Madrid esté abierta a todos los gustos y a todos los públicos, conservando siempre su tradición de música sinfónica, de zarzuelas, pasodobles, etc.

—¿Seguirán celebrando conciertos en el Retiro?

—En verano, sí; durante el invierno los celebraremos en el Centro Cultural Villa de Madrid,





local que reúne condiciones estupendas de todo tipo.

—¿Existe la posibilidad de que celebren conciertos en el extranjero?

«Quiero que la Banda Municipal de Madrid esté abierta a todos los gustos y a todos los públicos, conservando siempre sus conciertos tradicionales», afirma el maestro Davia Soriano

—Ya en ocasiones, hace tiempo, esta banda municipal realizó algunas giras artísticas por el extranjero, y no tendría nada de particular que lo hiciese otra vez porque estoy seguro de que seríamos muy bien recibidos en cualquier parte del mundo. Hace poco recibimos una invitación para actuar en Roma en un festival de bandas de música, pero las fechas que nos propusieron coincidían con las ya comprometidas aquí para desfiles, actuaciones, etc. Otra vez será.

—¿Cómo está considerada en el extranjero la Banda Municipal de Madrid?

—En toda Europa, por lo menos, está considerada como una de las mejores del mundo. He escuchado bandas en Francia, Inglaterra, Bélgica, etc., y la nuestra está (dicho sea con absoluta imparcialidad) por encima de todas ellas.

FALTAN MUCHAS ORQUESTAS EN ESPAÑA

Decir «profesor de la Banda Municipal de Madrid» es el mejor aval, el mejor título que un músico puede exhibir en todo el mundo. Son músicos de la máxima competencia profesional, que son requeridos, muchas veces, por las casas discográficas, por las empresas teatrales, etc.

Don Moisés Davia Soriano es presidente del Colegio de Directores de Bandas de España, entidad que tiene un problema grave que resolver y que consiste en una especie de guerra sorda desencadenada hace ya unos cuantos años contra las bandas de música españolas. Lamentablemente, por dificultades económicas, han desaparecido hasta la fecha unas setecientas bandas municipales en pueblos y ciudades, que se ven privadas así de toda

cultura musical. Problema grave, como decimos, pues esas bandas desaparecidas deleitaban a los ciudadanos de diferentes condiciones sociales, y eran verdaderas canteras de jóvenes que se aficionaban a la música, algunos de los cuales llegaban a ser auténticos valores artísticos. Como dice el maestro Davia:

—Profesores de Educación General Básica, puede que haya muchos y eso es bueno; pero maestros de música en los colegios hay pocos. En todos los colegios de España tendría que haber profesores y profesoras que enseñasen al menos solfeo a los discípulos.

En varios años han desaparecido unas setecientas bandas municipales en España

—¿Faltan orquestas en España?

—Naturalmente que faltan muchas orquestas, sobre todo en las grandes capitales. Esta es una consecuencia directa de la falta o carencia de bandas en los pueblos, de donde suelen nutrirse las orquestas.

Nos enteramos de que tanto el director general de Administración Local como el subdirector de dicho departamento, don Vicente Capdevila y don Ricardo González Antón, respectivamente, están muy empeñados en solucionar esta situación anómala, para lo cual reactivarán el interés urgente de formar nuevas bandas de música en España, en los diversos ayuntamientos españoles.

El maestro Davia dirige, no pocas veces, las partituras de memoria. En un salón del excelentísimo Ayuntamiento de Madrid ensaya con la banda municipal los martes, jueves y sábados.

Desde estas páginas, nuestra revista CISNEROS rinde justo tributo de admiración y cariño hacia la Banda Municipal de Madrid, en el setenta aniversario de su creación.

**Isidoro
PENIN CASTILLO
(Fotos: PENIQUE)**

VALDEMORO TENIA UN MUSEO

Yafortunadamente lo mantiene. Bien desperdigado, en desorden, como dormido. La voluntad de verlo le llevará a usted a recorrer las paredes en los lugares que escaparon de las goteras, las bóvedas deterioradas y el despacho parroquial. Sin embargo, Valdemoro mantiene su blasón vigilante: un castillo encadena la mano derecha de un musulmán bien dispuesto. Diría que la villa ha estado enamorada de la luna desde hace siglos, mucho antes de que Armstrong y Aldrin la pisaran. La veo repetida en su escudo, como los cuernos jóvenes de sendos erales de plata, sobre la oscura corona y el dorado cetro. La estampa es limpia y honrosa: el prisionero de Valdemoro no muere lentamente en la mazmorra. Lejos de ella —al aire libre—, bien vestida su estampa de reyezuelo, contempla el entorno y aguarda. Dentro de poco será tagarnino entre cristianos; que quien no muere en combate, en la frontera de Castilla y León salva la vida.

Valdemoro sabe vivir. Desde que Alfonso VI concediera a la villa tal emblema por la ayuda que le prestó en la conquista de Toledo, van pasando los siglos de integración y de esperanza. Su campo es un regalo de olivos y trigales. Y muy pronto llegará ese otro olivo —retorcido y pródigo— que es la

cepa. Ya se han ido hacia el sur los moros sabios que hacían cumplir el Corán; ahora, los castellanos contagian el amor al vino como un rito de Dios. Plantan las viñas con esmero y tejen bajo tierra un laberinto de bodegas sombrías. El vino del lugar empieza a tomar cuerpo y fama: «Vino tinto. Si no hay de Valdemoro, dámelo pinto». El refrán hecho caldo, alimenta la distancia de los dos pueblos próximos.

Hoy, de toda aquella riqueza queda poco. El campo se ha cansado de dar siempre. El pueblo está minado, pero nadie sacia las tinajas de barro. Lejos se halla «la prohibición de importar mosto». Ya, da todo igual. La decadencia es una noria que no se detiene; los cangilones vomitan soberbia, desdén, fanatismo... España asesina su Siglo de Oro. El vino se suicida porque no quiere ver lo que está pasando. Desmayan las cepas porque, durante el siglo XVII, sopla sobre todas las tierras un aire de país vencido. Los pies están cansados de tanto pisar uvas y es necesario distraer la fatiga. En Valdemoro comienzan a trabajar las manos: Felipe V protege cierta fábrica de paños y tejidos de seda, que no llega a vivir con desahogo. Van a intentar, casi al tiempo, una «fábrica de oraciones» que supere

a la antigua: eligen el calvario de la cuesta. Será la iglesia, nube de piedra y ladrillo sobre el caserío, con chapiteles de pizarra que semejan pararrayos imposibles. En el año 1972 suenan las músicas inaugurales. Su estampa es noble y extraña: los volúmenes embisten contra normas, cuerpos, fachadas y torreoncillos. Pero ahí está, vivo todavía, ese «puente de mando» de un navío llamado «Valdemoro». Desde entonces, no ha encontrado la ruta del astillero. Navegó noche a noche, bajo las estrellas. Los vientos y los años derribaron la torre; el mar de Castilla oxidaba de sol —que no de sal— hierros y proas; la desatada furia de las tormentas barrió mil veces la cubierta. Las tejas de la iglesia se mueven —rotas— como puñales para las tejas nuevas: la que cae destroza a la que más abajo cumple con su deber de orientar la lluvia por buenos caminos. Todas las iglesias de España mueren por el tejado. No se derrumban; mas pierden la cabeza. Si «asunción» es acción de «asumir» —atraer, tomar para sí— Nuestra Señora de la Asunción, por contra, ha olvidado a su parroquia de Valdemoro.

—¡Sáquele dinerito, don Emilio! —grita desde la ventana cierta señora bien dispuesta.

—Viene a ver el Museo —aclara el sacerdote.

—Vendrá a ver la ruina —apostilla la vecina triste.

Sí; están haciendo lo que pueden por conseguir lo necesario para asentar el baile loco de las tejas; para calmar el agua que se hace gotera; para evitar la ruina en pie, que puede hacerse costumbre. Se suceden colectas, actuaciones, compromisos. La iglesia —en este caso, la iglesia con minúscula— presenta la mano extendida.

La estatura de un templo puede dar medida de la grandeza pasada. Y el de Valdemoro —con regusto a San Isidro, catedral de Madrid— guarda emociones





distintas, gratitudes antiguas y recuerdo de milagros importantes. Capillas venidas a menos; rejas que llegaron a más; Cristos de buena talla y madera sobada por manos devotas: ese Cristo del Amparo al que algunos llaman «callejero»— porque capitanea todas las procesiones. El órgano parece convaleciente de un terrible cáncer que le dejó —sin trompetas ni teclado— vacío para la música. El coro se estremece con la anécdota casi perdida de un regalo: quiso el autor del fresco retratar al buen párroco que le encargara tantas obras de la iglesia; más el ¡velay! de la entrega tropezó con la sorpresa del humilde clérigo que rechazó el homenaje y se vio convertido por arte y gloria de un bigote y una perilla en «San Felipe Neri».

A proa, es decir, en la capilla mayor, un retablo de escayola —de neoclásica idea— con ángeles de estuco inventados por Domingo Palmerini. Y, en tal marco, una pintura de la «Asunción de Nuestra Señora», debida —y seguramente bien pagada— a Francisco Bayeu, con la fecha muy clara: 1790. En el lado del evangelio, su hermano Ramón hizo posible el doble «Martirio de San Pedro»: uno por el tema y otro porque el lienzo sufrió un tajo memorable que nadie quiso restaurar. La epístola se alegra con el respaldo de un Goya, comprometido a cuatro leguas de Madrid, cuando el

maestro se sentía perseguido por tanto encargo de santos de los que no era devoto. Y he aquí que, por complacer a su cuñado, encomiendan a don Francisco un «San Julián», obispo de Cuenca, que todo lo repartía entre los pobres y que para sobrevivir y mantener criado se obligaba a tejer cestos. En el cuadro aparece alterada la labor del santo, porque la Virgen llega —coronada de rosas— a entregarle una palma, que más semeja invitación al trabajo que premio, ya que podrá aprovecharla para ampliar su producción redonda y cóncava. (Cuando a Goya se le ignoraba más y Valdemoro aparecía lejano, el cuadro mantenía un título casi huérfano: «La Virgen María entrega una palma a un santo arrodillado».)

En la capilla de la Virgen del Rosario, casi perdido en oscuridades, un retablo de ejecución difícil. En curvas invertidas y en paños interiores, Juan Cao de Arévalo —natural de Arévalo y pintor del aire, porque suyos fueron los abanicos más hermosos de la Corte— dejó obra de gratitud al pueblo que le viera nacer.

En la bóveda inmensa, columna vertebral estremecida, el arte del flamenco Antonio Van de Pere que pintó en nuestro país durante treinta años y dejó sello de interés en la pintura al fresco de su época. En la altura, cinco temas (algunos ya perdidos) que nos acercan a la

«Adoración de los Magos», al «Camino del Calvario», a la «Asunción» y los «Martirios de San Sebastián y de San Juan Bautista». Un hermoso lienzo del artista vive aislado actualmente en el despacho parroquial: «El Bautismo de Jesús».

En la antesacristía se dispuso el museo. Se bajó el techo, restaurando fragmentos de un hermoso artesonado mudéjar del siglo XVI. Quedan allí, acomodando su espalda a los lugares donde la humedad no alcanza, muebles y mesa de piedras incrustadas con sabor a siglo XVIII. Las pinturas se esconden aquí y allá; se muestran vivas, siempre huyendo del agua:

Dos hermosísimos cuadros de Claudio Coello: «San Ignacio de Loyola» y «San Francisco Javier».

«La Resurrección de Lázaro», siglo XVI. Abrasado.

«Santa Inés», del XVII, acaso de Vicente Carducho. O reflejo.

«San Francisco», siglo XVII, endosado a Tristán. Un San Francisco «sin fondos».

«San Francisco, penitente», siglo XVII.

«San Felipe Neri», siglo XVII.

«Virgen con Niño», siglo XVII. Obra deteriorada pero espléndidamente enmarcada.

Tres cobs de escuela madrileña del mismo siglo.

Y otro viaje al parroquial despacho, desde cuatro tablas del taller de Juan de Borgoña coinciden en la flora y en las piedras, en el encanto y el reposo, obligándonos a añorar lo que fuera el primitivo retablo de la iglesia: «Martirio de San Sebastián», «San Antonio y el Niño», «Santa Agueda», «Imposición de la casulla a San Ildefonso».

Y un tesoro de platas que se esconden. Y un tesoro de miedos que se muestran. La idea de los robos sobrecoge. El Museo de Valdemoro se reparte, mientras todos esperan empezar de nuevo la casa por el tejado. El lugar elegido fue brillante, mas las obras artísticas hoy se refugian donde pueden. Y volverán algún día a saludarse: cuando la iglesia se coloque el sombrero de las tejas bien hechas y lo ciña a la frente y se niegue a la lluvia. Hasta entonces habrá una espera de mano extendida. Escribirá don Emilio, el párroco, en todas direcciones pidiendo lo que cada uno quisiera dar, para poner en pie, de nuevo, un Museo que se preparó con tanto amor y hoy anda huido. San Sebastián —repetido en cuadros y tallas de la parroquia— estaría dispuesto al martirio otra vez, pero reniega de las flechas del agua.

José Luis PECKER

